

»Servíos ir á encontrar inmediatamente al rey para pedirle esta declaración que no puede negar, si no está verdaderamente animado de ninguna segunda intención. A pesar de la renuncia que es ahora conocida, la animación de los espíritus es tal que no sabemos si conseguiremos dominarla.

»Haced de este telegrama una paráfrasis que podéis comunicar al rey.

»Contestad lo más pronto posible.»

En este telegrama se marcó la evolución de la política francesa. Cerca de las nueve, en una carta dirigida al Sr. de Gramont, el emperador acentuó las exigencias, recomendando «que Benedetti insistiese á fin de obtener una contestación categórica.» Mientras tanto, la agitación aumentaba en los bulevares, donde mucha gente cantaba la *Marsellesa* y numerosas partidas de beodos, preluando la guerra como se preludia un motín, gritaban con todas sus fuerzas: «¡A Berlín, ¡a Berlín!» Aquella misma noche Emilio Ollivier fué al ministerio de Relaciones extranjeras. Al enterarse de las instrucciones transmitidas á Benedetti, no disimuló su sorpresa, ni su disgusto, ni su inquietud. Más tranquilo que su colega y no pudiendo resignarse á perder el beneficio de la paz reconquistada, trató de suavizar, al menos en la forma, las reclamaciones de su gobierno. Bajo su influencia enviése, á las once y tres cuartos, otro telegrama á Ems, que no modificaba las tendencias anteriores, pero terminaba con una frase en que se revelaba claramente el deseo de una inteligencia equitativa: «Decid bien al conde de Bismarck y al rey que no abrigamos ninguna intención oculta, que no buscamos un pretexto de guerra, y que sólo deseamos salir honrosamente de una dificultad que no hemos creado nosotros.» El miramiento era prudente y la intención meritoria; pero el golpe estaba dado y Dios ya no permitiría que nada viniese á contenerlo ó atenuarlo.

## XVI

La jornada del 13 de julio fué una de las más trágicas de nuestra historia. Hay que seguir sus peripecias: en Ems, donde se rompen los últimos hilos que retienen las negociaciones; en París, donde el gobierno imperial se encamina hacia la guerra, agarrándose á intervalos á la esperanza de la paz; y en Berlín, donde Bismarck, mediante una memorable impostura, cierra á sus imprudentes adversarios todas las vías del arrepentimiento y del retroceso.

El día 12, Benedetti había esperado hasta la noche una palabra de labios del rey, que fuese la aprobación del desistimiento. Guillermo se había contentado con mandarle á decir, á las seis, que al día siguiente recibiría noticias positivas. El cálculo del soberano acababa de descubrirse. Con seguridad no ignoraba el acontecimiento que ya se hacía público en París; hoy sabemos que acababa de ser enterado de la resolución por un telegrama del coronel Strantz (1); pero la irrevocable voluntad del monarca era no intervenir sino después y dejar por cuenta del príncipe Antonio y de su hijo la intriga interrumpida. Aunque esta conducta revelase

(1) Oncken, *Unser Helden Kaiser*, pág. 190.

un formalismo poco amistoso y poco interés en calmar las inquietudes, la esperanza, en Benedetti, superaba al temor. Ya circulaba en Ems el rumor del desistimiento: por otra parte, el rey había asegurado que, si el príncipe renunciaba espontáneamente, él aprobaría la decisión. Por consiguiente, á menos de alguna temeridad inesperada en París, ó de pérdidas maquinaciones en Berlín, podía esperarse un feliz desenlace. Así las cosas, el embajador recibió, á una hora muy avanzada de la noche, el telegrama expedido á las siete desde el muelle de Orsay. La exigencia de garantías para lo futuro era la guerra. Lo que sólo se veía á medias en Saint-Cloud, á través del espejismo de las ilusiones, aparecía en Ems con la claridad de la evidencia. Pero Benedetti, á quien el duque de Gramont había reprendido por su falta de energía, no quería exponerse á nuevas reprimendas. Informador día por día más bien que hombre de Estado, no tenía bastante influencia, ni bastante talento, ni bastante energía para atreverse á discutir sus instrucciones ó diferir el cumplimiento de las mismas, con la mira de un gran bien público. Provisto de una orden formal, estimó, como subordinado dócil, que su deber, su único deber, residía en la entera obediencia. El día 13, por la mañana, bajó al Paseo de las Fuentes, á la hora de más animación por el ir y venir de los bañistas. El diplomático francés esperaba encontrar allí algún personaje de la corte por conducto del cual podría solicitar una audiencia del soberano. Cerca del pabellón de la música vió á un ayudante de campo que se le acercó con mucha cortesía y le dijo: «Aún no ha llegado el correo de Sigmaringen; pero ya sabemos la buena noticia.» Al mismo tiempo, le presentó un suplemento de la *Gaceta de Colonia* que mencionaba el desistimiento: «He aquí una información que va á disipar vuestras preocupaciones,» añadió el ayudante. Benedetti escuchaba con aire sombrío, y esquivando pronto las felicitaciones, dijo á su vez: «Es necesario que yo hable al rey.»

Precisamente en aquel momento Guillermo, que volvía de las fuentes minerales, apareció por una de las alamedas. Vió al embajador, se dirigió hacia él (2), y la conversación se entabló en el paseo. Después de haber anunciado la comunicación hecha la víspera por el Sr. de Gramont al Sr. Olózaga, Benedetti continuó en estos términos: «La resolución tomada en Sigmaringen no puede tener para nosotros valor alguno si no la aprueba Vuestra Majestad. Además es esencial que se nos garantice contra toda reanudación ulterior del proyecto hoy abandonado. Permítame, pues, el rey asegurar á París que, dado el caso, prohibiría al príncipe que presentase de nuevo su candidatura.» Cuando el diplomático hubo concluido, el rey, muy visiblemente contrariado, manifestóse sorprendido por el paso del príncipe Antonio y por el del gobierno francés. Afirmó, contra toda verosimilitud, que ignoraba todavía la determinación del príncipe Leopoldo, y, eludiendo toda contestación demasiado positiva ó perentoria, hizo observar que, en semejantes circunstancias, le era imposible aclarar nada ni formular la declaración que le pedían. A Benedetti se le había encargado que insistiese, é insistió más de lo que la circunspección recomendaba:

(2) Benedetti, *Essais diplomatiques*, pág. 386.

«La renuncia del príncipe Leopoldo, dijo, no es dudosa. Después de todo, podemos razonar en hipótesis. Que, en la hipótesis del desistimiento, el rey nos asegure que interpondrá su autoridad para impedir en lo futuro toda reanudación del proyecto.» Lo terminante de la interrogación prevenía toda explicación evasiva. El rey replicó vivamente: «Reclamáis un compromiso sin término y para todos los casos, que no puedo contraer.» Y añadió en tono más suave: «Os aseguro que no tengo ningún designio oculto; ese asunto me ha ocasionado disgustos demasiado graves para estar tentado de dejar que renazcan; pero, verdaderamente, me es imposible llegar al extremo que deseáis.» Benedetti había prometido á Gramont que no ahorraría las observaciones. Aun á riesgo de ser importuno y como quien defiende una causa desesperada, desarrolló de nuevo sus argumentos: Francia sólo se proponía conjurar todo disintimiento para lo porvenir y devolver la confianza á los intereses abandonados. Toda esta insistencia fué inútil: «Me pedis, interrumpió el rey, una concesión nueva é inesperada, y no puedo hacerla.» Y con menos amenidad que de ordinario, aunque sin ninguna descortesía, despidió al enviado.

Mientras se decidían en Ems la suerte de Europa y la paz del mundo, los ministros franceses se reunían en Saint-Cloud. La convocatoria era, en verdad, muy tardía. En la tarde anterior, antes de enviar los decisivos telegramas á Benedetti, hubiera sido oportuno recoger los pareceres sin olvidar ninguno. Pero no se había hecho así. De un conciliábulo entre Gramont, el emperador y algunos familiares de palacio habían salido, precipitada y febrilmente, las resoluciones notificadas á Ems. Sólo al día siguiente eran convocados los ministros para deliberar sobre un asunto ya entablado y quizá irrevocablemente comprometido. Cuando el duque hubo dado á conocer la fatal demanda de garantías que venía á unirse á la demanda primitiva, la comunicación fué acogida con un largo silencio. Algunos ministros dejaron traslucir una sorpresa llena de consternación. Uno de ellos fué Parieu, hombre clarevidente y austero, inclinado instintivamente á probar una lucha que se presentaba bajo un aspecto de temeridad y de aventura. Del mismo número fueron Louvet y Plichón, hombres de entendimiento claro, independiente y firme, que veían en la guerra la derrota posible y en la derrota la dinastía comprometida, y no eran personas que se callasen las verdades útiles. Al lado de ellos, Segris, de alma excelente, pero tímido y en extremo impresionable, sentía verdadero espanto por la parte de responsabilidad que le tocaría. De este pequeño grupo nacieron las objeciones. Mostráronse asombrados de que, contra todas las reglas del régimen parlamentario, se hubiese enviado á Ems tan graves instrucciones, sin previo parecer del consejo de ministros. Expusieron los peligros de la orientación nueva: el rey se negaría á dar las garantías en cuestión: si Bismarck quería la guerra, se le proporcionaba un pretexto para empujar hacia ella: las recientes exigencias eran de poca utilidad y podían comprometerlo todo. «Es la guerra probable, casi segura, decía con vehemencia Plichón, y ¿quién puede asegurar la victoria?»

Algo turbado desde luego á causa de las críticas, Gramont se esforzó en explicar su extraordinaria ini-

ciativa: si no había consultado al gabinete, era para ganar tiempo: si hubiese podido sospechar divergencias, hubiera provocado una deliberación: la agitación pública y el sentimiento de las Cámaras hacían necesaria una política acentuada: la demanda de garantías no constituía una exigencia nueva, sino que era la continuación lógica de la reclamación primordial: toda otra conducta permitiría á Prusia evadirse. La discusión duró algún tiempo. «Yo me contento con la renuncia de Hohenzollern, venga por el conducto que venga, dijo Louvet, con la sola condición de que sea cierta.» Durante todo este coloquio, el emperador había guardado silencio. Agotada la discusión, el monarca invitó á sus consejeros que procediesen á la votación. ¿Cabía contentarse con la retirada de la candidatura y con que el rey aprobase esta resolución? ¿Había que mantener, por el contrario, la demanda de garantías para lo futuro? Los señores Parieu, Plichón, Segris y Louvet se pronunciaron por que se contentasen con las satisfacciones obtenidas. Los demás ratificaron las instrucciones enviadas el día antes á Benedetti (1).

Al ratificarlas, abrigaban la esperanza de restringirlas ó atenuarlas. ¡Cosa que parece increíble y que, sin embargo, es cierta! Los mismos que cedían á la corriente no se persuadían, no querían persuadirse de que fuesen arrastrados hasta el último extremo. Desviando su conducta hacia las resoluciones que conducirían á la guerra, experimentaban un ansioso deseo de alcanzar la paz que huía. Emilio Ollivier, que era el menos belicoso de los hombres, no podía resignarse á la ruina de sus esperanzas. En aquellos días el *Constitutionnel*, que recibía las inspiraciones de este ministro, publicó, bajo la firma de Robert Mitchell, las siguientes líneas: «El príncipe de Hohenzollern no reinará en España; eso es todo lo que pedimos, y saludamos con orgullo esta solución pacífica que no cuesta ni una lágrima ni una gota de sangre.» El día antes Chevandier de Valdrôme, como Segris, había prometido á Thiers que sostendría la paz, y este compromiso, que respondía á los sentimientos de su corazón, respondía también á sus temores: habitante de las provincias fronterizas, en relación constante con nuestros vecinos, casado con una alemana, conocía mejor que nadie el poder de Prusia. El mismo duque de Gramont, ya porque la calma de la noche hubiese determinado en él las reflexiones, ya porque hubiesen influido en su modo de pensar las repugnancias de sus colegas, se inclinaba (harto tarde, por desgracia) á atemperar un poco sus instrucciones de la víspera. El resto del consejo demostró esta extraña, aunque muy real disposición de las almas. Estipulóse que las instrucciones no constituirían un *ultimatum*, que la demanda de garantías era susceptible de arreglo y que toda transacción honrosa sería aceptada. Como había de hacerse una declaración á las Cámaras, los términos de la misma fueron cuidadosamente calculados para evitar toda palabra agresiva. Habiendo pedido el mariscal Lebœuf que se le autorizara para extender las órdenes de movilización, la medida fué aplazada. En esto llegó una comunicación muy propia para fortalecer el partido de la paz. En la noche del 12

(1) *Papeles inéditos de M. Plichón; papeles inéditos de monsieur Louvet.*

el conde de Granville se había enterado en Londres, no sin estupor, de la evolución de la política francesa. A altas horas de la noche el conde había teleografiado á lord Lyons á fin de que, á la mañana siguiente, muy temprano, procurase, por medio de consejos y observaciones, alejar resoluciones tan fatales. Cuando el embajador se presentó en el palacio del muelle de Orsay, Gramont había salido. No queriendo perder un instante, redactó á escape una nota que envió por uno de sus secretarios al Consejo reunido en Saint-Cloud. La nota fué leída ante los ministros y en presencia del emperador. Amistosa y apremiante á la vez, dicha nota invitaba al gobierno francés á que se apresurase á tomar nota del desistimiento y no ensanchar el terreno del conflicto (1). El consejo fué favorablemente escuchado, pero no seguido. Los mismos que se apropiaban las resoluciones tomadas la víspera en su ausencia, esperaban transformarlas, dándoles más bien la forma de deseos que de exigencias. Hablando de este Consejo, Ollivier ha escrito: «En la mañana del 13, el gabinete francés, al encargar á su embajador que hiciese un último esfuerzo cerca del rey, decidió unánimemente que cualquiera que fuese el resultado de aquel paso supremo, se contentaría con lo que hubiese obtenido y declararía el incidente terminado (2).» Honrosa y sabia moderación, pero casi tan impotente como honrosa, puesto que, al pedir, aunque fuese en forma atenuada, garantías nuevas, Francia se privaba del derecho de declarar el incidente terminado.

Esta prudencia, además de ser muy ilusoria y muy tardía, iba á ser difícil de imponer. El gobierno había excitado las pasiones públicas, y estas pasiones amenazaban arrastrarlo.

Al volver de Saint-Cloud, los ministros encontraron, como el día anterior, la ciudad febrilmente agitada entre rumores belicosos. La mayor parte de los periódicos se mofaban del telegrama del *Pere Antoine*, comparaban la modestia del desenlace con la resonancia del discurso del 6 de julio, repudiaban una conclusión que no acentuaría el fracaso de Prusia ni el triunfo de Francia é invitaban á la Cámara á que encarnase las reivindicaciones del patriotismo ofendido. Abierta la sesión del Cuerpo legislativo, continuaron los coloquios del día anterior. Los jefes de la extrema derecha habían acabado por arrastrar á muchos diputados de los centros, que se agitaban y vociferaban mucho, tanto por cortesía como para ocultar su miedo. Con estos grupos se mezclaron algunos hombres de opiniones muy diversas, atraídos por la perspectiva de peligrosas aventuras. Tales eran los señores de Keratry, Guyot-Montpayroux y otros, que por todas partes repetían sus inconsideradas opiniones y sus ignorantes alardes. El número de estos violentos no pasaba de ochenta ó noventa; pero con su ruidosa audacia daban la ilusión de una mayoría, y para dominarlos habría que desplegar el valor que sabe arrostrar el reproche de cobardía.

La gravedad de las circunstancias valía la pena de desplegar esta virtud. Impresionado por el deseo de sus colegas, turbado quizá por todo lo que había empen-

(1) *Correspondance respecting the negotiations preliminary to the War*, pág. 25.

(2) Emilio Ollivier, *Thiers devant l'histoire*, pág. 107. — *Papeles inéditos de M. Chevandier de Valdrôme*.

dido de comprometedor, Gramont parece haber tenido la vaga intuición de esta conducta. En la declaración que leyó al principio de la sesión parlamentaria y que había sido acordada en consejo de ministros, se adivina una confianza algo menos segura de sí misma y rigideces dispuestas á ceder. Todo lo que, el 6 de julio, se manifestaba en fórmulas absolutas y provocadoras, se transforma, el día 13, en palabras voluntariamente atenuadas y concisas. En breves términos, el duque anuncia el desistimiento, cuidando de acentuar la noticia: no se trata, como se dice desdeñosamente en los pasillos, de un simple telegrama recogido de paso, sino de una información positiva. Que venga la aprobación del rey Guillermo—aprobación ya segura,—y del doble hecho de la renuncia y del asentimiento real resultará la satisfacción legítima que á la vez es necesaria y suficiente para Francia. Pero aquí aparece la deplorable consecuencia de la demanda de garantías, tan imprudentemente imaginada el día antes y tan imprudentemente transmitida á Benedetti. El duque de Gramont no se decide á guardar silencio sobre estas negociaciones. De aquí, en las declaraciones, una frase final, tan alarmante como equívoca: «Las negociaciones entabladas con Prusia, dice el ministro, negociaciones que no han tenido nunca más objeto que la cuestión de España, no han terminado aún. Por consiguiente, nos es imposible hablar de ellas y someter á la Cámara y al país una exposición general de la cuestión.» Después de haberse expresado así, el duque se sienta, pero en medio de comentarios llenos de asombro. ¿Qué necesidad hay de negociar sobre la renuncia si ésta se ha obtenido ya? Los pacíficos se turban, temiendo alguna complicación, y los belicosos se irritan, encontrando este lenguaje falto de energía. Mientras se cambian estas impresiones, Jerónimo David sube á la tribuna, incita al ministro á seguir la política de firmeza inaugurada el 6 de julio y declara que se propone interpelar al gobierno sobre las lentitudes de la diplomacia, sobre «las ofensas inferidas á la dignidad nacional.» El nombre del interpelante que es uno de los jefes de la derecha, los términos acerbos de la interpelación misma, todo demuestra que el enemigo no es sólo Prusia á la cual se quiere combatir, sino también el gabinete que se desea derribar. Así es que, en una situación ya tan enmarañada, se introduce un nuevo elemento de confusión. No sin gran dificultad se obtiene una tregua de cuarenta y ocho horas y el aplazamiento de los debates públicos hasta el viernes 15 de julio.

Mientras tanto, en Ems, todo se enredó. Al despedir, por la mañana, á Benedetti, el rey había renovado la seguridad de que esperaba de hora en hora cartas de Sigmaringen y que, tan pronto como las hubiese recibido, le mandaría á llamar. El embajador contaba, pues, con una nueva entrevista, y pensaba aprovecharla para tratar de vencer las resoluciones del monarca ó recoger al menos de sus labios algunas palabras de conciliación que pudieran satisfacer al gobierno de las Tullerías. A cosa de la una llegó el correo. Poco tiempo después, un ayudante de campo, el coronel príncipe Radziwill, se presentó en el *hotel de Bruselas* y anunció al Sr. Benedetti que al fin se tenían noticias, que el príncipe Leopoldo renunciaba al trono de España y que Su Majestad consideraba el incidente como del todo termina-

do. Esto dicho, el oficial se retiró, sin que se hubiese tratado de nueva entrevista.

Grande fué la mortificación del diplomático francés. La ocasión con que contaba, la última quizá, se le escapaba. Su sorpresa fué tan grande como su disgusto, y no llegó á explicarse cómo el rey, tan correcto siempre, se substraía á la audiencia prometida. Lo que no se supo entonces, se divulgó más tarde. He aquí, según todas las apariencias, el incidente que en aquel día 13 de julio llenó de irritación el alma del monarca y fortaleció el partido de la guerra.

Los telegramas de Sigmaringen no habían sido los únicos que habían llegado á Ems. Poco antes, es decir, á cosa del mediodía, había llegado otro correo, el de Francia, y éste contenía el informe en que el Sr. de Werther daba cuenta de su conversación con el Sr. de Gramont. Se recordará que, en dicha entrevista, nuestro ministro de Negocios extranjeros había emitido la idea de una carta de explicación que el rey escribiría al emperador. La sugestión había sido inspirada por un pensamiento conciliador y en este sentido la había acogido el Sr. de Werther. En Ems la proposición pareció poco digna de la majestad real, y desde luego se encontró en ella un resabio de excusas que el orgullo prusiano no podía soportar. El consejero privado Abeken fué quien abrió el despacho. Después de haber pasado la vista por él, exclamó. «Nunca hubiera creído que el pobre Werther pudiese tener semejante fin. Yo no me atreveré jamás á presentar este informe al rey.» En su perplejidad, fué á encontrar á uno de los ministros, el conde de Eulemburgo, que justamente acababa de llegar de Berlín, y ambos se presentaron á Guillermo: «He recibido, dijo Abeken, un despacho de Werther; pero no es digno de ser comunicado al rey de Prusia.—Pues entonces, replicó el soberano, enseñádmelo como á particular (1).» El documento fué releído y examinado atentamente, y el sentimiento de reprobación, lejos de disiparse, aumentó. Divulgada la noticia, en torno del monarca se levantó un clamoreo universal, aunque muy injusto, contra la impudencia francesa y, de rechazo, contra la debilidad de Werther. «Estoy indignado, escribía Guillermo aquel mismo día, contra la demanda de los ministros franceses, y es preciso que se sepa que me reservo la libertad de obrar en esta cuestión como bien me parezca (2).» La primera consecuencia de esto fué la resolución de no reanudar con Benedetti la entrevista de la mañana.

Ignorando este incidente y queriendo aún persuadirse de que había algún error ó alguna orden mal interpretada, el embajador osó recordar la promesa hecha en *el paseo de las Fuentes*: su objeto, decía, era obtener de Su Majestad, para el presente, la aprobación del desistimiento, y para el porvenir la seguridad de que la candidatura no volvería á presentarse. Tal fué la petición que rogó al príncipe Radziwill que transmitiese á Su Majestad. ¿Conservaba muchas esperanzas? La negativa formulada pocas horas antes y el laconismo del último mensaje atestiguaban la idea preconcebida de evitar toda comunicación ulterior. En un telegrama que

(1) Heinrich Abeken, *Ein schlichtes Leben in bewegter Zeit*, página 374.

(2) Carta á Abeken. (Discurso del canciller Caprivi en el Reichstag, 23 de noviembre de 1892).

expidió á París, Benedetti dejaba presentir el fracaso final. Aludiendo á la demanda de garantías, manifestaba tener poderosas razones para suponer que no obtendría concesión alguna.

A eso de las cuatro y media volvió el coronel Radziwill y, pesando las palabras, declaró al embajador que el rey aprobaba el desistimiento como había aprobado la aceptación. Respecto á las seguridades para lo futuro, Su Majestad no podía hacer más que remitirse á sus anteriores declaraciones. Deseoso de apurar el objeto de su misión, Benedetti creyó posible hacer un último esfuerzo. Tomando nota de la aprobación real, manifestó por ella toda su gratitud en nombre de su gobierno, y pasando luego á la cuestión de garantías, invocó recientes despachos llegados de París y nuevos argumentos que presentar, y solicitó nuevamente una audiencia. La contestación llegó á las cinco y media de la tarde. Era negativa, nada descortés, pero formal: el rey había dicho por la mañana su última palabra y sentía no poder añadir nada más.

La demanda de garantías producía sus fatales consecuencias. El rey se había resignado á dejar que la intriga se perdiese obscuramente: preferiría aventurar la guerra á borrarla con sus propias manos. Sin embargo, no era en Ems ni en París, sino en Berlín donde se produciría la ruptura suprema. Ha llegado el momento en que el gran actor, Bismarck, juzgando las cosas á punto, entra en escena y bruscamente cierra todas las puertas por donde la paz podría insinuarse aún.

Durante los últimos diez días, este hombre había pasado por singulares emociones. La empresa, según que tuviera éxito ó abortara, había de coronar ó comprometer su grandeza. La divulgación prematura de la intriga española le había desconcertado mucho. Le gustaban los efectos teatrales con la condición de manejar él la tramoya. Esta vez el telón se levantaba demasiado pronto, antes de que él hubiese podido preparar los papeles, disponer las decoraciones y graduar las peripecias. En este caso la prudencia le aconsejaba ver venir al adversario. Esquivóse prudentemente, dejando que obrasen los subordinados que afectaban ingenuidad y los periodistas que fingían ignorancia. El manifiesto del 6 de julio le asustó de pronto. Cuando vió que los hechos no seguían á las palabras, cesó de temer y hasta se alegró de que Francia, con su fogosidad, alterase su buen derecho. En los días siguientes observó con pérfida esperanza la agitación parisiense. Trasladóse de Varzin á Berlín. Continuó enconando las cosas, impacientándose de que el rey condescendiese á tratar directamente con Benedetti, dando á entender que el monarca era muy viejo y se hallaba bajo la influencia de la reina. El 12 de julio, á la noticia de la renuncia, creyó al pronto que todo había concluído y avisó á su esposa que iba á regresar á Varzin. En esto, el telégrafo le anunció las primeras protestas del Cuerpo legislativo y de los periódicos franceses. En vez de partir, se quedó. La cuestión Hohenzollern, muy indiferente al patriotismo germánico, podía convertirse en excelente máquina de guerra si se complicaba con una cuestión de amor propio que crease un conflicto entre los dos orgullos nacionales. Al introducir la demanda de garantías, Francia se constituiría en auxiliar de Bismarck. En parte por intuición y en parte por indicios, el

jefe del gabinete prusiano presintió, aunque sin descubrirías aún, aquellas nuevas coyunturas; y con la prontitud traidora y violenta, que era el más terrible de sus dones, se dispuso á aprovechar el instante propicio.

Esperando la hora decisiva, aplicóse á desmentir artificiosamente todo rumor de reconciliación. En la mañana del 13 de julio, conferenciando con el príncipe Gortchakoff, que se hallaba de paso en Berlín, prorumpió en quejas sobre la excesiva longanimidad de su soberano, y atento á exasperar á Francia, manifestó el deseo de que las grandes potencias declarasen solemnemente al rey Guillermo su gratitud por el celo de éste en salvar la paz de Europa. Al mismo tiempo observó en la prensa prusiana un cambio brusco, y á la reserva cautelosa sucedió sin transición la violencia.

Entre todas las conferencias del canciller, la más sugestiva fué la que en aquel mismo día 13 celebró con el representante de la Gran Bretaña, lord Loftus. Habéndole felicitado el embajador por la aparente solución de la crisis, mostró Bismarck una fisonomía inquieta y manifestó la duda de que la renuncia del príncipe Leopoldo apaciguase el conflicto. El tono amenazador de Francia, dijo él, había apurado la paciencia prusiana; y numerosos telegramas llegados de Koenigsberg, de Bremen y de otras ciudades, manifestaban la irritación del país que juzgaba al rey débil y el honor sacrificado. El canciller dejó presentir que avisos procedentes de París anunciaban nuevas reclamaciones. Y, animándose, añadió: «El verdadero objeto del gabinete de las Tullerías es buscar la revancha de Sadowa. Pero si Francia tiene fe en sus ejércitos, tenemos en la victoria una confianza igual á la suya.» Como había hecho en 1866 respecto al Austria, el primer ministro denunció los armamentos del adversario. El Sr. de Gramont había hablado de garantías para el porvenir; Bismarck habló igualmente de ellas, como si de ambos lados del Rhin las dos arrogancias se hubiesen copiado una á otra. «Prusia, dijo el canciller, necesita estar segura de que Francia no abriga secretas intenciones belicosas, y la única satisfacción suficiente sería la retractación del discurso del 6 de julio; de lo contrario, no podrá mantener relaciones con el embajador de Francia, después del lenguaje que el ministro de Negocios extranjeros ha usado ante Europa (1).»

Tales eran el día 13 las disposiciones de Bismarck. Como las imprudencias francesas le proporcionaban sus ventajas, engreíase de nuevo, con el único deseo de evitar la paz. Mientras tanto esperábase con ansiedad noticias del rey. En esto llegó de Ems un telegrama firmado por el consejero privado Abeken y concebido en los siguientes términos:

«Ems, 13 julio 1870, á las 3 y 50 m. tarde.

»Su Majestad el rey me escribe:

«El conde Benedetti vino hoy á encontrarme en el paseo y me pidió de una manera muy apremiante que me comprometiera para el porvenir á no autorizar jamás una nueva candidatura de los Hohenzollern. Le probé del modo más perentorio que no se pueden adquirir

(1) Despacho de lord Loftus al conde Granville, 13 de julio de 1870 (*Correspondence respecting the negotiations preliminary to the War*, pág. 32). — Véase también lord Loftus, *Diplomatic reminiscences*, segunda serie, tomo I, pág. 278.

así compromisos para siempre. Naturalmente añadí que yo nada había recibido aún y que, puesto que él era avisado antes por París y por Madrid, era prueba de que no se trataba de mi gobierno.»

»Su Majestad ha recibido después una carta del príncipe. Como Su Majestad había dicho al conde Benedetti que esperaba noticias del príncipe, ha resuelto, á propuesta del conde Eulemburgo y mía, no volver á recibir al conde Benedetti á causa de su pretensión, y mandarle á decir simplemente, por un ayudante de campo, que Su Majestad había recibido del príncipe la confirmación de la noticia ya enviada de París, y que nada más tenía que decir al embajador. Su Majestad deja á Vuestra Excelencia el cuidado de decidir si la nueva exigencia de Benedetti y la negativa que se le ha opuesto deben ser comunicadas á los embajadores y á los periódicos.»

Eran las cinco de la tarde cuando llegó el telegrama. Bismarck se hallaba en compañía de los generales Moltke y Roon que habían ido á pedirle noticias y se habían quedado á comer con él. Descifraron el mensaje que revelaba relaciones cada vez más tirantes, pero no una ruptura definitiva. La benevolencia del rey, la reserva de Benedetti, la acción moderadora de las potencias, las miras pacíficas de la mayoría de los ministros franceses, todo dejaba subsistir ligeras probabilidades de paz. Esta perspectiva, aunque muy incierta, bastó para contrariar al primer ministro y á los generales. «Mis convidados, escribió mucho tiempo después Bismarck, quedaron tan aterrados que se les quitaron las ganas de comer.» El telegrama fué leído, releído y comentado, sin poder encontrar en él el rompimiento decisivo. A fuerza de reflexionar, el espíritu penetrante del canciller se fijó en la última frase del despacho: el rey dejaba al ministro en entera libertad de comunicar la noticia á los embajadores y á los periodistas. Esta publicación, hábilmente preparada y más hábilmente propagada, ¿no podía acentuar el despacho y precipitar las resoluciones irreparables? Dominado por esta idea, pero demasiado circunspecto para revelarla desde luego, Bismarck preguntó á Moltke: «Si la guerra resultase de súbito inminente, ¿qué tiempo exigiríais para completar vuestros preparativos?—Si hemos de hacer la guerra, replicó el veterano general, no tenemos interés alguno en que se aplace. Aunque no tuviésemos de pronto fuerzas bastantes para proteger las provincias de la izquierda del Rhin, nuestra prontitud no tardaría en ser superior á la de Francia. En suma, vale más romper en seguida las hostilidades que diferirlas.» Después de haber recogido estas palabras como un informe decisivo, el canciller tuvo una corta é intensa visión del estado de su país. El poder de Prusia estribaba, no en la simpatía que inspiraba, sino en la confianza en su fuerza. La condición de su prestigio estaba en su orgullo, y se acabaría su supremacía si se podía decir que había retrocedido. Una guerra verdaderamente nacional contra el enemigo hereditario era lo único que podía llenar el abismo que la historia había abierto entre el Norte y el Sur de la patria alemana. Después de haber precisado así su «punto de vista psicológico», Bismarck, según él mismo confesó, fijóse en la gran resolución que pesará eternamente sobre su memoria. Te-

nia delante el telegrama de Abeken. No introdujo elementos nuevos en él, y materialmente no lo falseó; pero mediante una adaptación perversa, revistió del aspecto de un llamamiento á las armas lo que no era más que una información diplomática: «No añadí ni quité nada, escribió más tarde con cínica desenvoltura, pero hice algunas supresiones.» El telegrama enmendado decía:

«La noticia de la renuncia del príncipe heredero de Hohenzollern ha sido oficialmente comunicada al gobierno imperial francés por el gobierno real español. Luego, el embajador francés ha pedido en Ems á Su Majestad el rey que le autorizase á telegrafiar á París que Su Majestad el rey se comprometía para siempre á no permitir la renovación de la candidatura. En cuanto á esto, Su Majestad el rey se ha negado á volver á recibir al embajador y le ha mandado á decir por el ayudante de campo de servicio que no tenía ya nada que comunicarle.»

Bismarck leyó á sus convidados la redacción nueva, cuidando de hacer constar que no alteraba nada. Pero presentía como decididamente rota una negociación que, según el telegrama, parecía aún en suspenso. La justificación era superflua, pues los dos cómplices (no se les puede dar otro nombre) acogieron la estrategia con una admiración llena de placer. A Bismarck no le gustaba dejar perder nada del fruto de sus bellaquerías. Con su habitual destreza, completó en seguida su plan: «Es esencial que nosotros seamos los atacados, dijo. La presunción y la susceptibilidad francesas nos proporcionarán fácilmente este papel. Si, en virtud de la autorización de Su Majestad, comunico en seguida á los periódicos el texto que os acabo de leer, y si lo telegrafo además á nuestros embajadores, pronto será conocido en París; y no sólo por lo que dice, sino que también por la manera con que habrá sido propalado, producirá allí en el toro galo el efecto de la capa encarnada.» Esta perspectiva acabó de exaltar á los dos militares, y los tres volvieron á la mesa. De pronto habían recobrado las ganas de comer y de beber, y continuaban hablando alegremente. El grosero cuadro era digno de Jordaens, aunque con la condición de que Rembrandt proyectase en él uno de sus rayos de luz. Naturalmente, la «Providencia» no fué olvidada, y Roon invocó al justo Dios de los ejércitos que no dejaría sucumbir á Prusia. En cuanto á Moltke, al decir de Bismarck, la proximidad de la lucha lo puso en un estado de excitación agradable. A pesar de su ordinaria frialdad, salió de su pasividad aparente y fué expansivo y locuaz.

Lo que siguió á esta escena íntima queda grabado con rasgos indelebles en la memoria de los habitantes de Berlín. Era ya de noche cuando numerosos vendedores se desparramaron de pronto por las calles y plazas públicas, pregonando un suplemento de *La Gaceta de la Alemania del Norte*. Los transeúntes formaron corros y las tiendas ya cerradas se entreabrieron. Para que la difusión fuera más abundante, el suplemento se distribuía gratis. El periódico contenía el telegrama de Ems, pero modificado por la perfidia de Bismarck. La información, acompañada de los breves comentarios que le añadió la pasión ó el odio, produjo una impresión tan pronta como terrible. Nadie dudó en Berlín de que el embajador de Francia había insultado al rey, del mismo modo que en París nadie dudaría al día siguiente

que el rey había insultado al embajador de Francia. De una impostura de doble efecto brotaría la doble cólera que iba á lanzar uno contra otro á dos pueblos igualmente engañados. La noticia se propagó con la rapidez del rayo. Entre las diez y las once de la noche la plaza del palacio real se llenó de un gentío febril, que prorumpía en hurras al rey y gritaba: «¡A París, á París!» como gritaban: «¡A Berlín, á Berlín!» las turbas de París.

Para asegurar la guerra, convenía que á la emoción de las cancillerías se uniese un tumulto popular. Bismarck había tomado sus medidas para que el tumulto no faltase. Durante aquella noche se telegrafió á los agentes de Prusia cerca de las cortes extranjeras el artículo de *La Gaceta de la Alemania del Norte*. Los partes fueron expedidos á las once y media para Dresde, Hamburgo, Munich y Stuttgart, y á las dos y media de la madrugada para San Petersburgo, Florencia, Bruselas y Berna (1). La comunicación se hizo, no á título oficial, sino á título de información, de modo que, si Francia protestaba, se pudiese afectar la sorpresa, el asombro de que se indignase por una simple comunicación oficiosa, y denunciarla, después de todo, como provocadora. En la mañana del 14 de julio, la perversa maniobra se había consumado, y, para servirnos de la misma expresión de Bismarck, ya sólo faltaba esperar «el efecto de la capa encarnada en el toro galo.»

## XVII

La historia de aquellos terribles días desconcierta el espíritu y desgarrá el corazón. Si fuese verosímil, la narración dejaría de ser exacta. En los actos de nuestro gobierno no se ve lógica alguna, sino miras doblemente ofuscadas, en unos por la trastornadora grandiosidad de las cosas, en otros por la exasperación, y en medio de todo esto la mezcla más singular de una infatuación que sorprende y de una ingenuidad que confunde. De todas las incoherencias, he aquí la principal. Los que gobiernan la Francia han pasmado al mundo con dos grandes temeridades: la que dictó la declaración del 6 de julio y la que, seis días después, prolongó con la demanda de garantías un conflicto virtualmente terminado. Ahora los pensamientos se atenúan visiblemente. Contra la precipitación de Gramont que lo ha echado todo á perder, contra el optimismo de Leboeuf que no ha hecho más que estimular, los demás ministros experimentan veleidades de resistencia, aventuran objeciones é intervienen tímidamente, porque desconfían de sus propios conocimientos y tardíamente, porque lo poco de que se han enterado lo han sabido después de consumados los hechos. El mismo Gramont parece aflojar á intervalos. Este arrepentimiento, que nada puede ya salvar, es lastimoso. Hasta ahora han reinado la agitación en París y la calma en Berlín. De pronto la corriente cambia, y mientras el gobierno francés se inclina á suavizar sus pensamientos, Bismarck, que á su vez se ha vuelto audaz, le aprisiona en el círculo en que le han encerrado sus imprudencias, sin dejarle más condición que la de agravar sus temeridades.

(1) Discurso del canciller Caprivi en el Reichstag, 23 de noviembre de 1892.